

UNA NOTITA SOBRE LO PRECARIO¹
A LITTLE NOTE ABOUT THE PRECARIOUS

De Mauro, M. (2025). *Bios precario. Cultura y precariedad en Latinoamérica*. Bajo Tierra Ediciones.

Francisco Hernández Galván
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México
franckhg93@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0003-2963-9644>

Recibido: 15 de diciembre 2025

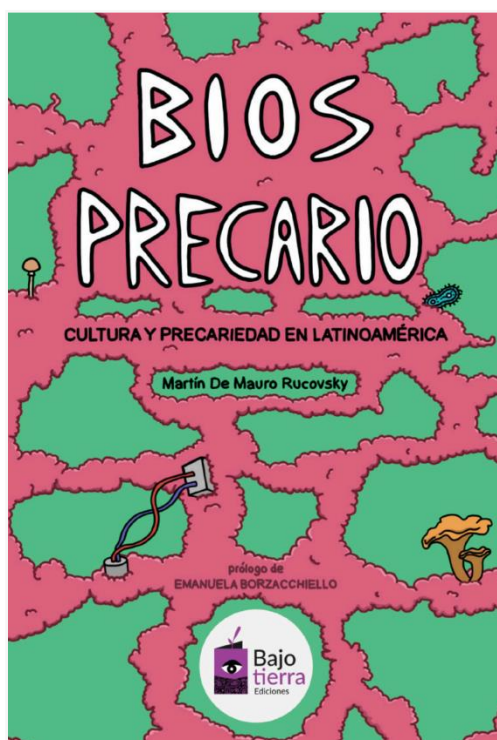
Aceptado: 2 de mayo de 2026

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/tuzz2oqad>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2026.10790>

|1|



¹ El presente escrito es una versión intervenida del texto leído en la presentación del libro *Bios precario*, que se realizó en el verano del 2025 en la librería U-Tópicas –en la delegación Coyoacán en Ciudad de México– con la presencia del autor Martín De Mauro.

Existen palabras que no designan objetos, sino que esbozan paisajes, atmósferas o situaciones. Lo precario es una de ellas, en tanto que plasma un modo de estar en el mundo. Lo precario ensaya una condición socioeconómica, a la vez que anuncia un *ethos* sensible, una política del cuerpo y una estética del desajuste. Decir “precario” quizá es sinónimo de enunciar: sin garantía hacia el futuro. Se orienta siempre hacia el horizonte, ya que la trama que persigue el pensamiento de lo precario es ese frente inalcanzable. Y, ese desdibujamiento precario del borde produce tres cosas: sin garantía de continuidad, de protección y, por último, de sentido.

En su acepción económica, el precariado nombra la mutación del trabajo bajo el engranaje del neoliberalismo: trabajadores/as sin contrato, sin horas fijas, sin orientación al futuro. Todo se mantiene dentro de una laguna temporal. No se trata solamente del empleo, de su falta, de su ausencia o de su exceso. Lo precario es una forma de vida donde todo —el cuerpo, el tiempo, los afectos— se convierten en un recurso negociable. Vivir precariamente es vivir sin la promesa de estabilidad, en un presente tenso y, a la vez, siempre al borde del colapso.

Bios precario. Cultura y precariedad en Latinoamérica (2025) de Martín De Mauro contribuye no sólo a pensar, a desenfocar el precariado remarcado solamente como condición de clase, sino a superponerlo, además, a una condición ontológica. En este momento neoliberal donde confundimos el *ser* con el *hacer*, donde esos dos acontecimientos se entremezclan y se difuminan, pensamos que solamente somos lo que hacemos. Nos conforma el trabajo y esa coagulación identitaria se extiende solamente por sus parámetros productivos, en su trama el trabajo nos susurra al oído que deberíamos estar haciendo más, porque hacer mucho no alcanza. Quizá esa sensación se agudiza, y no existe peor momento para que aparezca, cuando llega la hora de dormir, cerramos los ojos y pensamos en la multitud de pendientes que hacen falta todavía: para mañana, para pasado, para dentro de unos meses. Vivimos una existencia consagrada a la falta.

Bios precario es un conjunto de materiales culturales que sostienen la preocupación conceptual de pensar el precariado, así, en extenso. Y se estructura, para mí, de la siguiente manera:

- La geografía: Argentina, y latitudes de México y Brasil.
- Los entornos: el campo, la ciudad, la periferia.
- Los cuerpos: trabajadores por aplicaciones, asalariados, cuerpos feminizados, cuerpos animales.
- Los verbos: carencia e inestabilidad.
- Los sinónimos: escasez, limitación, insuficiencia, estrechez, fragilidad, provisionalidad.

Nuestra lectura crítica sobre *Bios precario* parte de la siguiente pregunta: ¿qué tipo de figura precaria se despliega en los marcos estéticos, culturales y políticos contemporáneos? Y trataré de seguirlo por escenas, como decía hace un momento, a partir de los capítulos que hilvana Martín De Mauro. Con el objetivo de formular una figura y una hipótesis.

Primera escena: precariedad y afectos

De Mauro sigue el texto de Laura Meradi *Alta Rotación. El trabajo precario de los jóvenes* (2009) quien construye una poética de lo precario que atraviesa tanto las condiciones laborales como las formas del deseo, del cuerpo y del lenguaje. La protagonista de Meradi se mueve en un entorno de trabajos temporales, afectos breves y desplazamientos sin arraigo, donde la rotación es laboral y existencial. La escritura misma se pliega a esa lógica: es fragmentaria, sintética, interrumpida, como si el relato no pudiera sostener una duración continua. Lo precario es aquí una textura de existencia que corta la tela del tiempo, y erosiona los vínculos del deseo sin horizonte.

Esta precariedad se presenta como forma dominante de la experiencia contemporánea. Donde el cuerpo aparece fatigado, disponible, atravesado por la urgencia; los vínculos afectivos son inestables y de baja intensidad, regidos por la lógica del reemplazo. Martín analiza el texto de Meradi como un mapa sensible del precariado, donde la subjetividad es sostenida en el intervalo. Intervención que nos recuerda a Lauren Berlant con su “muerte lenta” que se intensifica en “entornos temporalmente lábiles cuyas cualidades y contornos temporales y espaciales a menudo se identifican con el carácter presente de lo corriente mismo” (Berlant, 2020, p. 185), es decir, sobre esa condición orgánica de la vida expandida bajo el capitalismo neoliberal, en la que la población vive y muere en la impaciencia del desgaste. La vida como un proceso crónico, que mina y contamina la vida desde dentro. En ese sentido, el sintagma de lo precario no mata de una vez, pero hiere de forma continua: desgasta el cuerpo, disuelve los afectos y agota el deseo. Esa estética de la inestabilidad deja al cuerpo sin promesas bajo una cierta forma de insistencia sin épica.

La figura precaria: la trabajadora flotante.

La hipótesis: la precariedad no se presenta únicamente como una condición económica, sino como una forma generalizada de existencia que reorganiza el deseo, el cuerpo y los vínculos, produciendo una subjetividad intermitente que habita el mundo sin garantías y sin promesas.

Segunda escena: precariedad y deriva genocida

Aquí encontramos la lectura específica de “*La parte de los crímenes*” de 2666, la novela póstuma de Roberto Bolaño, donde se construye una figura precaria: la del cuerpo feminizado, explotado y descartable en el margen del orden global. A través del relato serializado de los feminicidios en Santa Teresa, la novela transforma la precariedad en una forma narrativa y política de exposición: cuerpos que trabajan en maquilas, que migran y desaparecen, cuya muerte no interrumpe ni escandaliza a nadie. Sobre ese paisaje Bolaño narra el dolor sin notas sentimentales, sino que lo registra con una prosa seca y forense, donde esa reiteración del daño produce una sensibilidad ética. Podemos decir: 2666 puede leerse como un archivo literario de lo que el sistema ha desechado.

Esta figura precaria: el cuerpo de las trabajadoras. Sobre esta figura Martín insiste en que excede la idea económica del precariado para situarse en una lógica necropolítica: ahora no se trata de quienes viven sin garantías sociales o bajo la promesa del futuro, sino de

quienes pueden ser eliminadas sin consecuencias. A diferencia de la trabajadora flotante de Meradi, por ejemplo, cuya precariedad es crónica pero vital, aquí lo precario se presenta como pulsión de aniquilación o bien, como una deriva genocida.

La figura precaria: el cuerpo desechable

La hipótesis: lo precario como condición de abandono absoluto, donde los cuerpos (mayoritariamente feminizados, racializados y pobres) son útiles hasta el límite de su fuerza de trabajo, y luego eliminables.

Tercera escena: precariedad animal

Aquí, el *Bios precario* se detiene en la narración *De ganados y de hombres* (2013) de la escritora brasileña Ana Paula Maia quien inscribe una estética y una política del margen, es decir, en la novela aparecen cuerpos expuestos a la violencia estructural del trabajo brutalizado, donde la frontera entre humano y animal, esto es el *bios* y el *zoé*, se diluye. La novela transcurre en un matadero, espacio liminar donde la vida se encuentra con la muerte en su forma más material, más industrial, y donde los sujetos que ejecutan la matanza –los matarifes– también son consumidos por el mismo sistema que administran. La precariedad se vuelve existencial y metaboliza la afectación del tiempo.

Se describe un escenario de trabajo extremo, la figura precaria es el matarife sin interioridad, una subjetividad erosionada por la repetición de la muerte industrial, por el contacto constante con cuerpos que son ejecutados como parte de la cadena productiva. Como señala Ana Paula Maia, sus personajes no tienen “pasado ni futuro”: sino que están anclados a un presente eterno, sin redención. Este matarife es una figura espectral del capitalismo tardío: donde conviven lo desensibilizado y lo indiferente.

El seguimiento crítico a la novela muestra la lógica sacrificial del trabajo contemporáneo, donde lo humano y lo productivo se funden en una sola máquina. En este sentido, la precariedad del matarife es también ontológica: su existencia no tiene un afuera simbólico, no hay espacio para la comunidad, el amor, o la desobediencia. Lo que encontramos es un mundo donde los cuerpos se sostienen, pero despojados de sensibilidad. Cuerpos sobrevivientes de un orden que los ha hecho funcionales a la muerte ajena e incluso a su propio deterioro.

La figura precaria: el cuerpo inmovilizado

La hipótesis: lo precario atrapado entre lo animal y lo humano, que se mantiene en un régimen de muerte que lo emplea y lo aletarga.

Para finalizar, unos últimos subrayados de esta notita precaria. En *Bios precario* se agita por paisajes desiguales. Su sujeto político se mueve de la centralidad de la figura del trabajador a la figura del precarizado. Digo precarizado, en oposición al precariado, porque ya no somos cuerpos singulares: somos masa, somos mano de obra, somos una herramienta prescindible y sustituible. Mantenemos una relación de optimismo cruel con el trabajo: dependemos de esa actividad que nos exprime y que se actualiza constantemente tratando de tomar nuestras últimas inhalaciones de aire vitalista. La

gramática afectiva del precarizado se coagula, diría De Mauro, entre una “opacidad, extrañamientos, modulaciones de una rareza que aún no sabemos codificar” (2025, p. 40). La precarización es la forma generalizada de existencia: como si toda la vida hubiera devenido en arriendo, como si el mundo (o al menos el grueso de su población) estuviera bajo amenaza de corte. De luz, de agua, de salario, pero también de entusiasmo, de optimismo, y de vitalidad.

¿La mayoría de nosotras vivimos en estados de precarización? Sí, porque la precarización apunta a un más allá de los puestos de trabajo actuales (entendidos como inestables, intermitentes y finitos) apunta a un estado de crisis generalizada, donde el trasfondo de lo precario es la crisis misma. Lo precarizado mira directamente a los ojos de la crisis. Me resta preguntar, para entablar y hacer hablar al autor, entonces: ¿Qué sería imaginar desde lo precario? ¿Cómo agenciarse en esta inestabilidad que sigue la estética del temblor? ¿En qué sentido podemos pensar lo precario como apertura? ¿Podemos entender lo precario como fuerza menor, como potencia de algo o bien, como un sentimiento de época?

Referencias Bibliográficas

- Berlant, L. (2020). *Optimismo cruel*. Caja negra.
- Bolaño, R. (2004). 2666. Anagrama.
- Meradi, L. (2009). *Alta Rotación. El trabajo precario de los jóvenes*. Tusquets.
- Maia, A. P. (2013). *De ganados y de hombres*. Eterna Cadencia.